

# PRUEBAS ARQUEOLÓGICAS DE LA FALSEDAD DE LA INSCRIPCIÓN *IHC 65*. LA NECESARIA SIMBIOSIS ENTRE EPIGRAFÍA Y ARQUEOLOGÍA PARA EL CONOCIMIENTO DE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA EN LA BÉTICA<sup>1</sup>

## ARCHAEOLOGICAL EVIDENCE FOR THE FALSENESS OF THE INSCRIPTION *IHC 65*. THE NECESSARY SIMBIOSIS BETWEEN EPIGRAPHY AND ARCHAEOLOGY TO UNDERSTAND LATE ANTIQUITY IN BAETICA

*Resumen:* Desde hace años venimos defendiendo la necesidad de revisar la gran cantidad de *spolia* que conformaban la Arquitectura Tardoantigua de la Bética. En dicho proceso ha jugado un papel importante, desde primera hora, la Epigrafía, sobre la que hemos articulado una nueva metodología de análisis. Al mismo tiempo, esta nueva forma de estudio de las piezas descontextualizadas ha permitido, asimismo, una aproximación a la Epigrafía desde metodologías propias de la Arqueología, que han aportado importantes novedades, entre ellas la confirmación de la falsedad y/o errónea asignación cronológica de varias inscripciones, entre ellas la inscripción *IHC 65*.

*Palabras-clave:* Nuevas metodologías, Arqueología, Epigrafía, Antigüedad Tardía, Bética Occidental, modos de trabajo, decoración arquitectónica, inscripciones falsas.

*Abstract:* For years we have been advocating the need to review the large amount of *spolia* that formed Antiquity architecture in *Baetica*. From the beginning, Epigraphy, in relation to which we have articulated a new method of analysis, has played an important role in this process. At the same time, this new way to study the inscriptions which lack an archaeological context also allows us to approach Epigraphy starting with archaeological methodologies, which have provided important new findings, including the confirmation of the fake nature and / or erroneous chronological attribution of various inscriptions, including the inscription *IHC 65*.

*Keywords:* New methodologies, Archaeology, Epigraphy, Late Antiquity, Western Baetica, working patterns, architectural decoration, false inscriptions.

*Recibido:* 06-06-2012

*Informado:* 26-06-2012

*Definitivo:* 04-07-2012

<sup>1</sup> Agradecemos a los editores de este Dossier Monográfico la invitación para participar en el mismo. Nos centraremos en el estudio de una pieza que, sin duda, resume y ejemplifica a la perfección las sucesivas fases

que aplicamos en nuestra metodología de trabajo, así como la importancia que para el estudio de la Arqueología de la Antigüedad Tardía en la Bética Occidental tiene la Epigrafía de la época.

## I. EL CONTEXTO CIENTÍFICO DE ESTE TRABAJO

Desde hace años venimos defendiendo la necesidad de revisar la gran cantidad de materiales arquitectónicos, decorativos y litúrgicos que conformaban la Arquitectura Tardoantigua de la Bética, de la que apenas si quedan restos conservados más allá de los *spolia* depositados en los museos. En este proceso de revisión y asignación cronológica y funcional de dichas piezas ha jugado un papel destacadísimo, desde primera hora, la Epigrafía, sobre la que hemos articulado una nueva metodología de estudio (Sánchez Velasco 2006, 98-109), basada en datar tipos de talla y tipos de motivos decorativos aparecidos en inscripciones fechadas (principalmente funerarias). Y a partir de ahí, establecer secuencias comparativas entre las diferentes piezas de un mismo taller e, incluso, en ámbitos regionales (si el registro material lo permite). Se trata, pues, de una nueva línea de trabajo que busca referentes externos y objetivos a la tradicional metodología hasta ahora utilizada para fechar este tipo de piezas, excesivamente volcada en el ámbito puramente artístico, y que se basaba en la definición de un “canal de transmisión” de motivos decorativos a partir del cual se establecían comparaciones iconográficas. Dichas comparaciones, articuladas en torno a este método, situaban las mismas piezas en época tardoantigua (Cruz Villalón 1985) o en época emiral y califal, indistintamente (Cruz Villalón 2007, 221-225), según qué “canal de transmisión” se establecía como prioritario (el bizantino o el omeya) y qué tendencia dentro de la investigación se elegía como más adecuada (visigotista o mozarabista)<sup>2</sup>.

A todo ello habría que unir que esta nueva forma de estudio ha permitido revisar determinadas piezas y epígrafes desde metodologías propias de la Arqueología, que han aportado importantes novedades, desde la definición precisa de nuevos tipos de soportes epigráficos (Sánchez, Moreno, Gómez 2009) hasta la definición y datación segura de piezas tardoantiguas tenidas por ibéricas e —incluso— calcolíticas (Sánchez Velasco 2006; *Id.* 2008; *Id.* 2012), pasando por la confirmación de la errónea asignación cronológica de inscripciones tenidas por visigodas cuando —en realidad— eran posteriores al Barroco avanzado (Gómez, Sánchez 2011).

Respecto a lo que se refiere explícitamente a la Epigrafía, pues, nuestra labor se ha centrado en el estudio, catalogación, datación y contextualización de los soportes epigráficos, desde un punto de vista bastante alejado —como no podía ser de otra forma— de las apreciaciones filológicas y lingüísticas. La vida de la pieza, sus usos y diferentes reutilizaciones en el tiempo eran, asimismo, muy importantes para nuestra investigación, dado que, por ejemplo, gran parte de las aras de altar de época visigoda son aras o pedestales altoimperiales que, gracias en parte a esta segunda utilización, han llegado hasta nosotros en relativo buen estado (Sánchez Velasco 2010, 108-111).

No podemos olvidar, además, una importante ligazón transversal a todas estas actuaciones y procesos de estudio: se trata de la —fundamental— colaboración multidisciplinar de distintos especialistas en materias tan diversas como la Geología, la Epigrafía, la Arquitectura, la Toréutica, la Ceramología... sin cuyos consejos y aportaciones no podríamos haber llegado a conclusiones relevantes.

En este contexto es donde se desarrollaron nuestras investigaciones en torno a una polémica pieza, IHC 65, en donde se ejemplifica todo nuestro proceso de trabajo: un rastreo de las publicaciones que han analizado, antes que nosotros, el objeto de estudio; un análisis directo del soporte, si es posible por todos sus lados y a nivel macroscópico y microscópico, para comprobar modos de trabajo y talla; en este caso, que existe inscripción, una detenida comprobación del tipo de letra y su realización, así como su relación —talla, *ordinatio*, etc.— con el soporte; tras esto, una detenida recopilación de to-

<sup>2</sup> No haremos aquí un resumen sobre las publicaciones que definen estas dos tendencias cronológico-explicativas de los materiales hasta ahora considerados de época visigoda, por razones obvias y por ser suficientemente

conocidas en el ámbito científico. Sólo nos remitimos a los diferentes coloquios que, bajo la temática “Visigodos y Omeyas” se han ido publicando como anejos de *Archivo Español de Arqueología* desde hace más de una década.

dos los datos posibles sobre el contexto arqueológico donde apareció la pieza, y no sólo referido a la situación de la misma, sino de su entorno; finalmente, una emisión de conclusiones desde el punto de vista arqueológico, determinando la importancia de la pieza, tanto en su aspecto intrínseco como en cuanto a la relación con el contexto arqueológico y temporal en el que se desenvuelve.

Puede parecer una obviedad todo lo que hemos referido en el anterior párrafo, incluso algo muy poco novedoso a nivel metodológico (*vid.* Susini 1982). Sin embargo, pensamos que sí lo es, especialmente en su aspecto práctico (a pesar de las reiteradas llamadas de atención sobre el asunto, *vid.* Andreu Pintado 2009, 63-93), es decir, en su efectiva realización, y en concreto en la documentación “arqueológica” del soporte o en el estudio multidisciplinar del mismo. Creemos que cada vez resulta más necesario un trabajo conjunto que aborde, desde diferentes especialidades, unas piezas que aportan mucha más información que la estrictamente filológica. Veamos, pues, un caso concreto.

## 2. IHC 65. UNA LARGA HISTORIA

La inscripción a la que nos referimos ha sido objeto de numerosos estudios, sobre los que no nos detendremos, entre otras razones porque, en este mismo volumen, se desarrolla un trabajo específico sobre la cuestión, que además es muy clarificadora al respecto. Nos interesa centrarnos, sin embargo, en los dos últimos trabajos que abordan este interesante epígrafe, porque establecen dos posicionamientos respecto a su autenticidad: el desarrollado por Gimeno y Miró (1999) que defienden la falsedad de la inscripción atendiendo a cuestiones filológicas y a los confusos datos sobre su procedencia, descubrimiento y transcripción en los diferentes manuscritos que recogen su existencia desde el siglo XVI; y el que firman Fernández y Carande (2002), donde básicamente se rechazan los argumentos filológicos sobre la falsedad del epígrafe esgrimidos en la publicación anterior, considerando la inscripción como auténtica.

A partir de este punto, tanto los investigadores favorables a la falsedad de la pieza, como los destructores de esta teoría, basaban sus análisis en aspectos básicamente filológicos, sin reparar demasiado en la realidad material sobre la que se realizó la inscripción. De hecho, la *communis opinio* era que se trataba de un cimacio reutilizado para realizar la inscripción, afirmación que —como veremos en el siguiente apartado— se produce por la falta de un necesario conocimiento sobre determinados tipos de soporte, tanto arquitectónicos como funerarios.

En el marco de nuestra tesis doctoral, decidimos analizar la pieza, con mayor detenimiento si cabe que la mayoría de sus compañeras, debido a dos cuestiones: a) la polémica sobre la autenticidad de la inscripción; y b) que nos interesaba especialmente tanto por el soporte como por la ubicación topográfica del supuesto hallazgo. No podemos negar, pues, que estas dos cuestiones nos llevaran a dedicarle a esta pieza mucho más tiempo y esfuerzo que a otras, ya que se trataba de un soporte singular que, con frecuencia, había sido parte principal del argumentario de explicaciones de la topografía tardoantigua de Sevilla. De hecho, el supuesto baptisterio hallado en el Patio de Banderas y el hallazgo de esta inscripción eran los ejes básicos de la teoría interpretativa que establecía la existencia del *episcopium* de *Hispalis* bajo la actual catedral (Sánchez Ramos 2009; Gurt, Sánchez 2010), antes mezquita aljama almohade.

## 3. IHC 65. EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO DEL SUPUESTO HALLAZGO

Nuestra primera labor de investigación se centró en determinar con la mayor exactitud posible dónde había aparecido la pieza. Tradicionalmente se venía afirmando que ésta había sido hallada al

hacer unas obras en la catedral, aunque lo cierto es que la primera constatación segura de su procedencia la ubicaba en otro lugar, en concreto en los Reales Alcázares: “*decían que la habían visto siempre en los Reales Alcázares en el patio segundo, como se entra por la Mo(n)teria, arrimada al quarto del Rey D. Pedro*”, por lo que siempre se relacionó el hallazgo con la construcción de la catedral (Fernández Beltrán 1630, fol. 13). Por lo tanto, la seguridad sobre la procedencia no existe (Bendala, Negueruela 1980, 355), e incluso su ubicación sufre no pocos avatares, que ya han sido estudiados con detalle (Miró, Gimeno 1999).

Si unimos estos datos a lo que sabemos hoy de la Sevilla tardoantigua, resulta que las dudas sobre la procedencia tradicional de la pieza aumentan exponencialmente. Tras varios estudios de paleotopografía (Barral Muñoz 2009) y de topografía histórica sobre *Hispalis* (Tabales 2009; González Acuña 2011; García Vargas, e.p.), hay que concluir que la zona donde hoy se asienta la catedral hispalense era, en época tardoantigua, el centro del cauce del Guadalquivir.

La Sevilla tardía (fig. 1), con los datos que hoy manejamos, se reducía a la meseta fluvial n.º 3. Toda la zona comprendida hoy entre los Reales Alcázares y el Palacio de San Telmo era un área suburbial, marcada por un acentuado carácter de marisma, o cuando menos de zona fácilmente inundable, por la presencia tanto del Guadalquivir como de la desembocadura en éste de su afluente, el Tagarete. Sin embargo, seguía siendo una zona de gran importancia estratégica y topográfica para la ciudad, debido a que era la salida sur de la vieja Vía Augusta, que continuaba comunicando la ciudad con toda la zona sur de la Bética. Los restos de enterramientos, mausoleos y grandes edificios desde finales del siglo IV e inicios del V d.C. no dejan lugar a dudas de la existencia de un importante suburbio articulado en torno a esta antigua vía de comunicación. Sólo en época de la gran expansión almohade de la ciudad, la zona se cubrió con enormes aportes que ganaron terreno al río, con el objetivo de generar una gran explanada de terreno sólido y seco donde ubicar la mezquita aljama. Para ello, además, se cimentó todo el área de la mezquita con una potente plataforma de tierra, cantos de río y cal, sobre el que se construyó el edificio.

Con este contexto paleotopográfico y arqueológico conocido, resultaba sobremanera extraño el hallazgo de esta pieza en la zona que indica la tradición: un contexto primario quedaría totalmente descartado, por razones obvias; un contexto secundario, de reutilización, implicaría su uso como material constructivo para la mezquita aljama, algo que descartaría su “hallazgo” bajo tierra, y en todo caso hubiera sido utilizada en los alzados, como material constructivo; su reutilización como pieza dentro de la construcción de la propia catedral no es imposible, pero sin duda implicaría un traslado desde otro lugar, tal vez próximo, y de nuevo implicaría un uso estructural. Por consiguiente, todo parece indicar que la pieza debió hallarse en un contexto donde se podría extraer y trasladar de manera fácil y sencilla, lo que implica necesariamente una falta de uso como elemento estructural. Y como ya hemos visto, habría que descartar su aparición bajo la catedral, por razones obvias. La hipótesis más probable es, pues, que apareciera en el entorno de los Reales Alcázares, y que se depositara en alguna de sus estancias —como así aparece documentado— por motivos relacionados con el coleccionismo anticuario. Sin embargo, una duda irresoluble es saber cuándo apareció.

#### 4. IHC 65. EL SOPORTE

Pensamos que nunca se le ha dado al soporte de esta inscripción la verdadera importancia que tiene, empezando por la ausencia de una definición y caracterización correctas del mismo, que son fundamentales para reconocer la pieza.

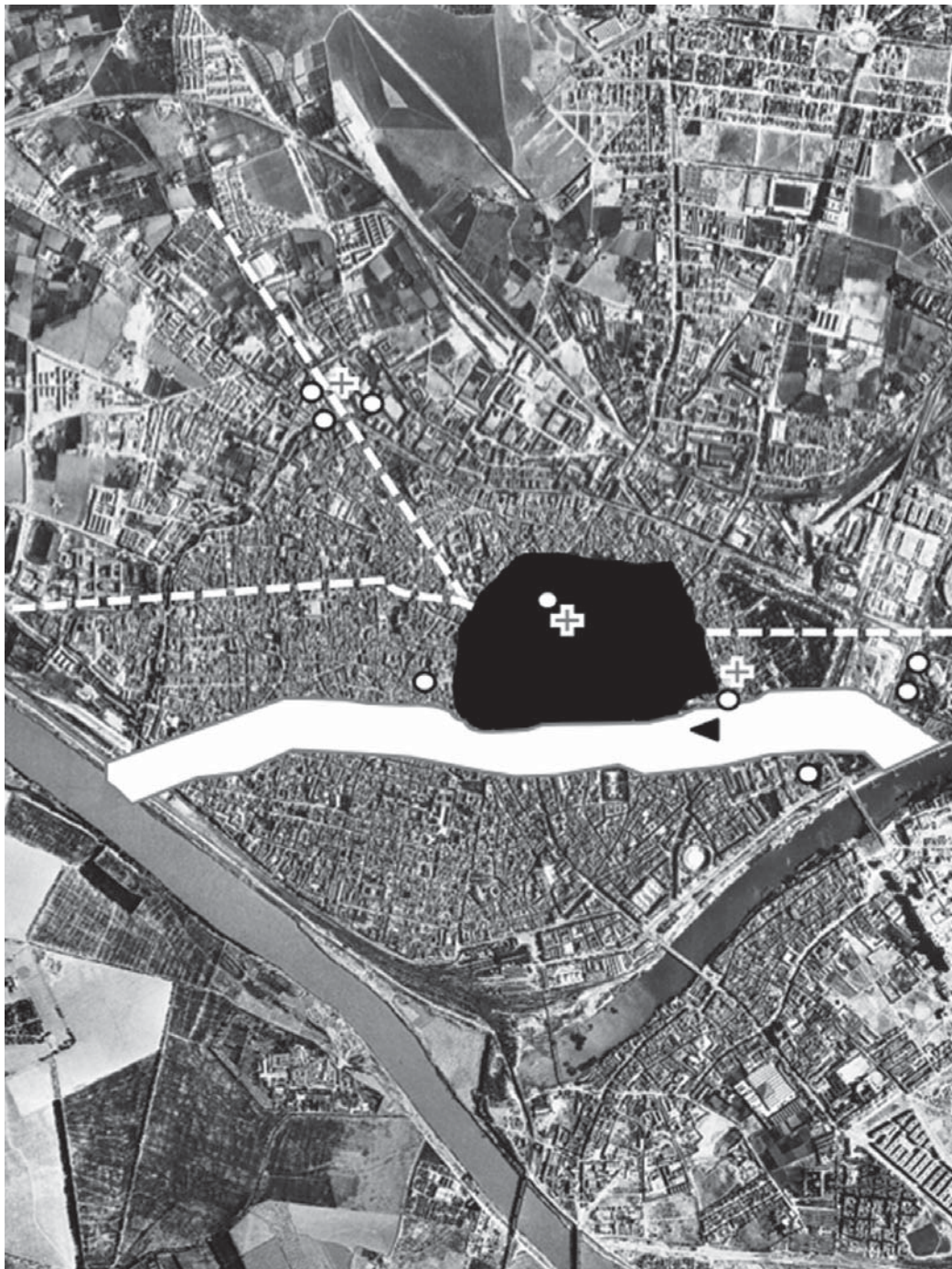


FIGURA I. Plano sintético de Sevilla en época tardoantigua (Sánchez Velasco 2012), su superficie aproximada, las principales vías de acceso a la misma y el cauce del río Guadalquivir en ese momento. Aparecen, asimismo, las siguientes indicaciones: las cruces indican los principales complejos edilicios tardoantiguos de la ciudad; los círculos, las áreas de necrópolis; el triángulo, la ubicación de la catedral de Sevilla y, en algunas versiones, lugar del hallazgo de la pieza IHC 65

En la bibliografía al uso se ha definido, con frecuencia, como un “cimacio”, seguramente reutilizado. Así lo señalan Miró y Gimeno (1999, por indicaciones de Caballero Zoreda, *vid.* nota 4), algo en lo que se muestran de acuerdo Fernández y Carande (2002), que le dedican un espacio relativamente importante a su descripción.

En este último caso, además, aluden a varios paralelos sevillanos, tanto para el soporte como para los elementos decorativos, haciendo referencia a la publicación de Escacena (1985-1986) de una pieza prácticamente idéntica hallada en Dos Hermanas, y que este investigador también define como cimacio reutilizado. Pero la realidad es bien diferente.

De entrada, habría que descartar que fuera un cimacio, a pesar de su forma troncopiramidal truncada. Si por algo se caracteriza la arquitectura y la decoración arquitectónica de época visigoda, y tardoantigua en general, es por la total ambivalencia funcional de elementos con la misma forma: este es el caso de los cimacios, las impostas y, como veremos, determinadas cubiertas de tumbas. Así pues, no conocemos la existencia de cimacios de este porte, que supuestamente deberían pertenecer a estructuras hipóstilas de más de dos columnas, algo impensable. Existen grandes impostas de tamaño similar, que se ubicarían en portadas monumentales, aunque las que conocemos, como el caso de la hallada en la c/ Duque de Hornachuelos de Córdoba (Sánchez Velasco 2006) o la que se encuentra expuesta en la Mezquita de Córdoba (Sánchez Velasco 2012) o en el Museo Histórico de Écija (Sánchez Velasco 2012) ni son tan grandes, ni tienen esa forma, ni tienen la talla tan cuidada.

En realidad estamos ante una tapa de sarcófago y/o cubierta de tumba con forma de tronco de pirámide, de 128 × 63 × 18 cm, rota en su parte superior. El campo epigráfico está en dicha parte superior, con una pequeña franja decorada con triangulaciones en la parte inferior. Los laterales se encuentran decorados con franjas de motivos iguales, aunque de realización asimétrica: a) una seriación de tetrafolias obtenidas a partir de círculos secantes; y, separada de aquel por un listel, b) un cuadrado decorado con una cruz floral que sale de un florón central, con círculos sobre cada cuarto del cuadrado que son idénticos en diagonal, es decir, dos ruedas solares y dos hexapétalas de botón central. La decoración es muy habitual en inscripciones de la Bética Occidental, especialmente las tapas de sarcófago, donde es habitual decorar los contornos con este tipo de franjas y motivos decorativos, como se puede ver en la inscripción *CIL* II<sup>2</sup> / 5, 335 o *CIL* II<sup>2</sup> / 7, 681.

Ofrece grandes similitudes con la pieza onubense de *Murensis* (Oopen 2004; Sánchez Velasco 2010) y, sobre todo, con la pieza hallada en Dos Hermanas (Cortijo Bastero, lindando a la Torre de los Herberos), considerada como un cimacio reutilizado, a pesar de que “*cubría una sepultura de inhumación a manera de lápida funeraria, aunque sin inscripción alguna*” (Escacena 1985-1986, 323). En el caso de la pieza de Dos Hermanas, evidentemente, se trataba de una cubierta de tumba, al estilo de los túmulos realizados en *opus signinum*, típicos de algunas necrópolis de la Bética Occidental o la Lusitania Meridional (Lopes 2003). Así, en la necrópolis sevillana de la c/ Carretera de Carmona, recientemente publicada (Barragán 2010), algunas de las tumbas, realizadas con muretes de ladrillo, tienen una cubierta hecha de *opus signinum* en forma de tronco de pirámide, con la presencia en su cabecera de pequeñas losas de mármol, tendentes al cuadrado —aunque en la mayoría de las ocasiones, mal cuadradas— pensadas para contener un *titulus pictus* funerario. También en Mértola (Portugal), han sido halladas cubiertas de tumba troncopiramidales hechas en *signinum*, pero en este caso se encuentran dentro de una gran basílica extramuros, sus volúmenes no son tan pronunciados y los epitafios funerarios se encuentran realizados en magníficas inscripciones, algunas de las cuales se encuentran, aún, *in situ*.

Como se puede apreciar en las imágenes que aportamos (fig. 2) los parecidos con la pieza hallada en Dos Hermanas son más que evidentes.

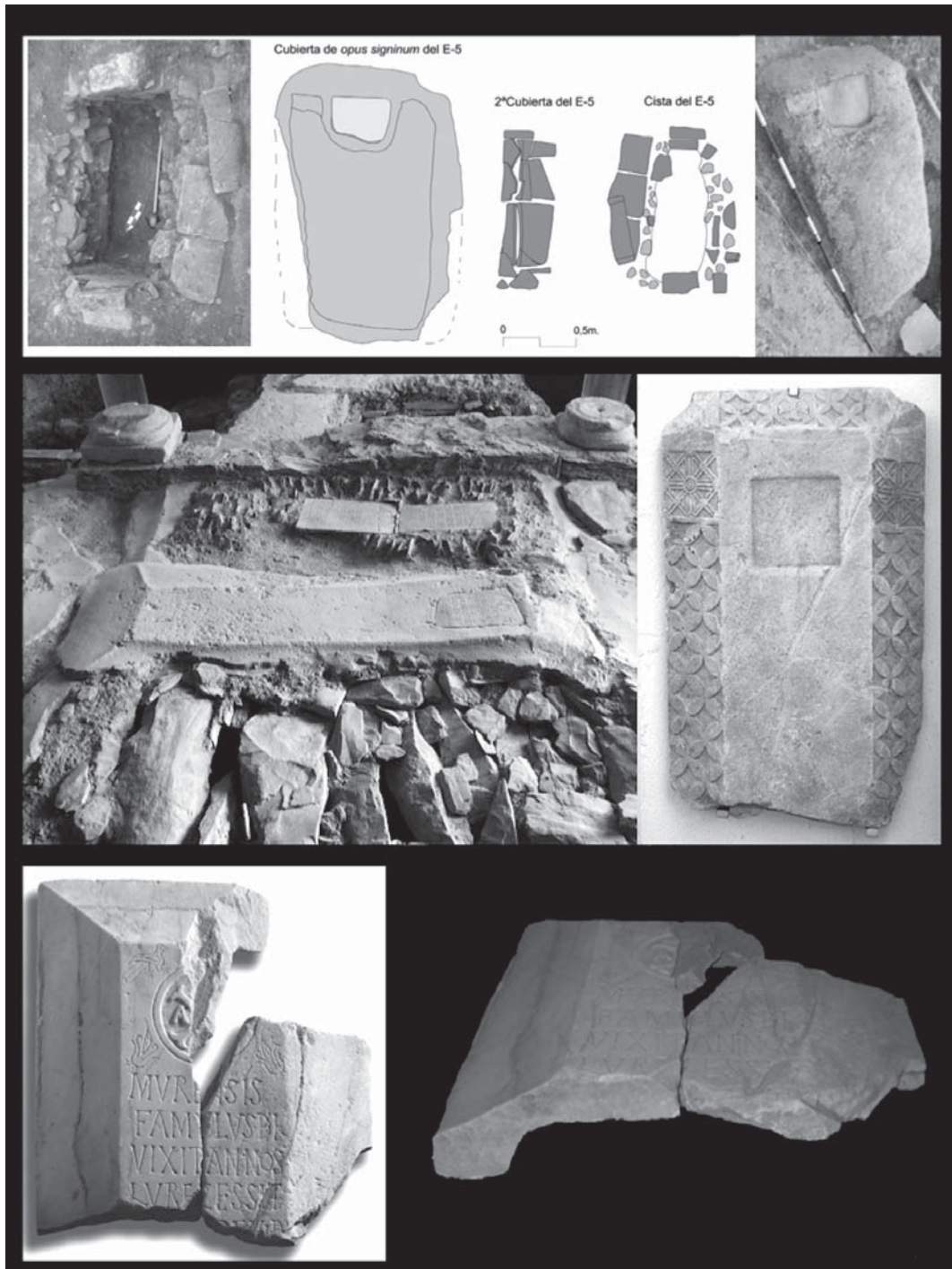


FIGURA 2. De arriba abajo, de izquierda a derecha: secuencia de excavación de la tumba E-5 de la Carretera de Carmona, Sevilla (Barragán 2010); tumbas en el interior de la iglesia de Rossio do Carmo, Mértola, Portugal (Fot. Sánchez); cubierta de tumba hallada en Dos Hermanas (Fot. Sánchez); tapa de sarcófago de Murensis, Los Bojeos, Huelva (Sánchez Velasco 2010)

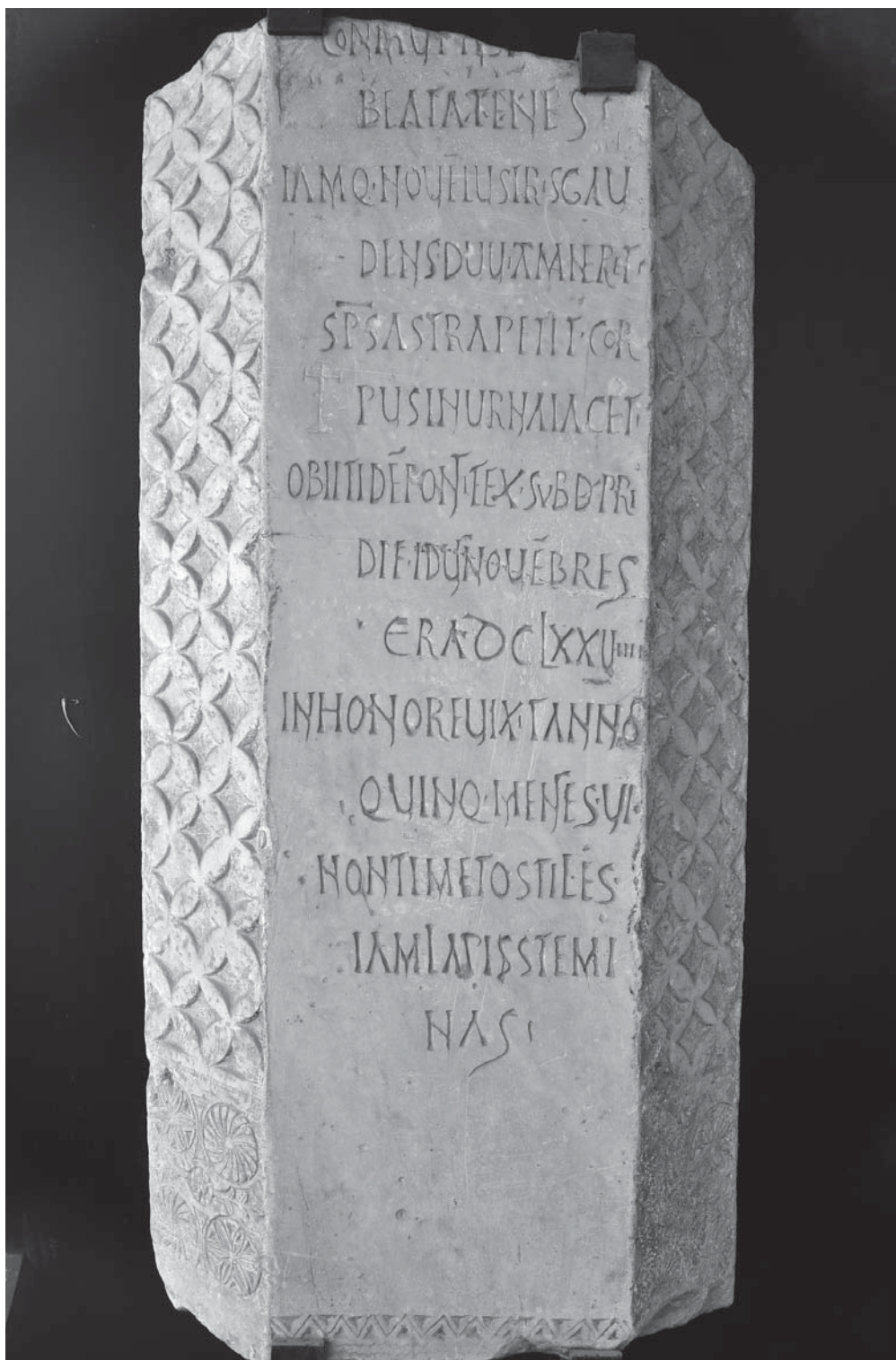


FIGURA 3. Vista frontal del soporte, centrado en el campo epigráfico (Fot. García Fernández)



En el caso hispalense, no podemos pronunciarnos con total seguridad, aunque la falta de un interior ahuecado (como en el caso de *Murensis*) parece descartar su vinculación con enterramientos sarcófágicos, relacionándose más bien con aquellos que hemos visto que se corresponden con cubiertas de tumba. Y es que la pieza en cuestión se circunscribe perfectamente a lo que podríamos llamar contexto material funerario del Suroeste hispano en época tardoantigua. Los datos que exponemos en el siguiente apartado ahondan en esta asignación, como veremos. Sin duda, todos los datos y análisis que hemos realizado indican que el soporte es auténtico. Más difícil es confirmar su datación, aunque por el tipo de talla (Sánchez Velasco 2012), pensamos que puede datarse entre finales del siglo VI o inicios del VII d.C., como muy tarde.

##### 5. *IHC* 65. EL CAMPO EPIGRÁFICO Y LA INSCRIPCIÓN

A simple vista (fig. 3), resalta la limpieza y el alisado de la superficie del campo epigráfico (ya señalado en Miró, Gimeno 1999, 246). Pero un detallado análisis de la pieza nos permite apreciar cómo hay señales evidentes de que dicha superficie ha sufrido un intenso trabajo de pulimentado que ha suprimido casi por completo una decoración existente de la parte superior. La supresión de la decoración, insistimos, ha sido casi total, pero quedan restos perfectamente apreciables a nivel macroscópico, como la esquina inferior izquierda del recuadro decorativo y varios trazos que podrían corresponderse a incisiones, letras o, más bien, restos de motivos decorativos (fig. 4), cuya profunda talla ha permitido que quedara su rastro. Asimismo, en los márgenes de contacto entre el campo epigráfico y los laterales biselados, se puede apreciar con nitidez cómo la decoración de éstos ha sido afectada por la eliminación de parte de la superficie, que ha supuesto —de forma lógica— la desaparición de parte de la misma, de la que aún se pueden observar ciertas huellas. La parte inferior del soporte no ha sido ajena a esta eliminación epidérmica, como se puede ver en la decoración inferior, que se encuentra visiblemente “limada” en su parte superior.

A todo ello habría que añadir un detalle de gran importancia, a saber, que la superficie del campo epigráfico está llamativamente libre de concreciones y deterioros típicos de una pieza que, se supone, ha estado enterrada durante siglos. Estas concreciones y/o manchas, fruto de las lógicas agresiones y/o transformaciones químicas y físicas que toda piedra caliza sufre con el tiempo, sin embargo, sí se aprecian perfectamente en los laterales, cuya superficie se encuentra homogéneamente “deteriorada”, digámoslo así.

Finalmente, el sistema de tallado de las letras no tiene ningún punto técnico en común con el tipo de talla biselada (con mayor o con menor profundidad) de los laterales decorativos, ni tampoco con los biselados típicos de las letras de otras inscripciones. Las letras se encuentran, de hecho, realizadas con lo que parece profundas incisiones y rascados informes, más que una talla segura y definida.

Para ratificar, matizar o desmentir estos aspectos que aparecían claramente definidos a nivel macroscópico, procedimos a realizar un análisis a nivel microscópico de la superficie con un microscopio digital USB (fig. 5), sugerencia que se nos hizo por parte de dos expertos epigrafistas largamente vinculados a la Arqueología, Salvador Ordóñez Agulla y Sergio García-Dils de la Vega, a los que agradecemos su implicación en este pequeño proyecto de investigación. Sin duda, su experiencia y la aplicación de estos métodos a los estudios que desde años llevan realizando sobre la epigrafía de Écija supuso un importante aporte, de nuevo multidisciplinar, a los estudios más arqueológicos que nosotros practicamos. El resultado no pudo ser más clarificador: las huellas de uso de herramientas presumiblemente de hierro indicaba que la pieza habría sido aserrada epidérmicamente, de forma



FIGURA 4. Tres detalles de la inscripción IHC 65, con indicación de los lugares donde se aprecia claramente el proceso de reutilización y transformación de la pieza

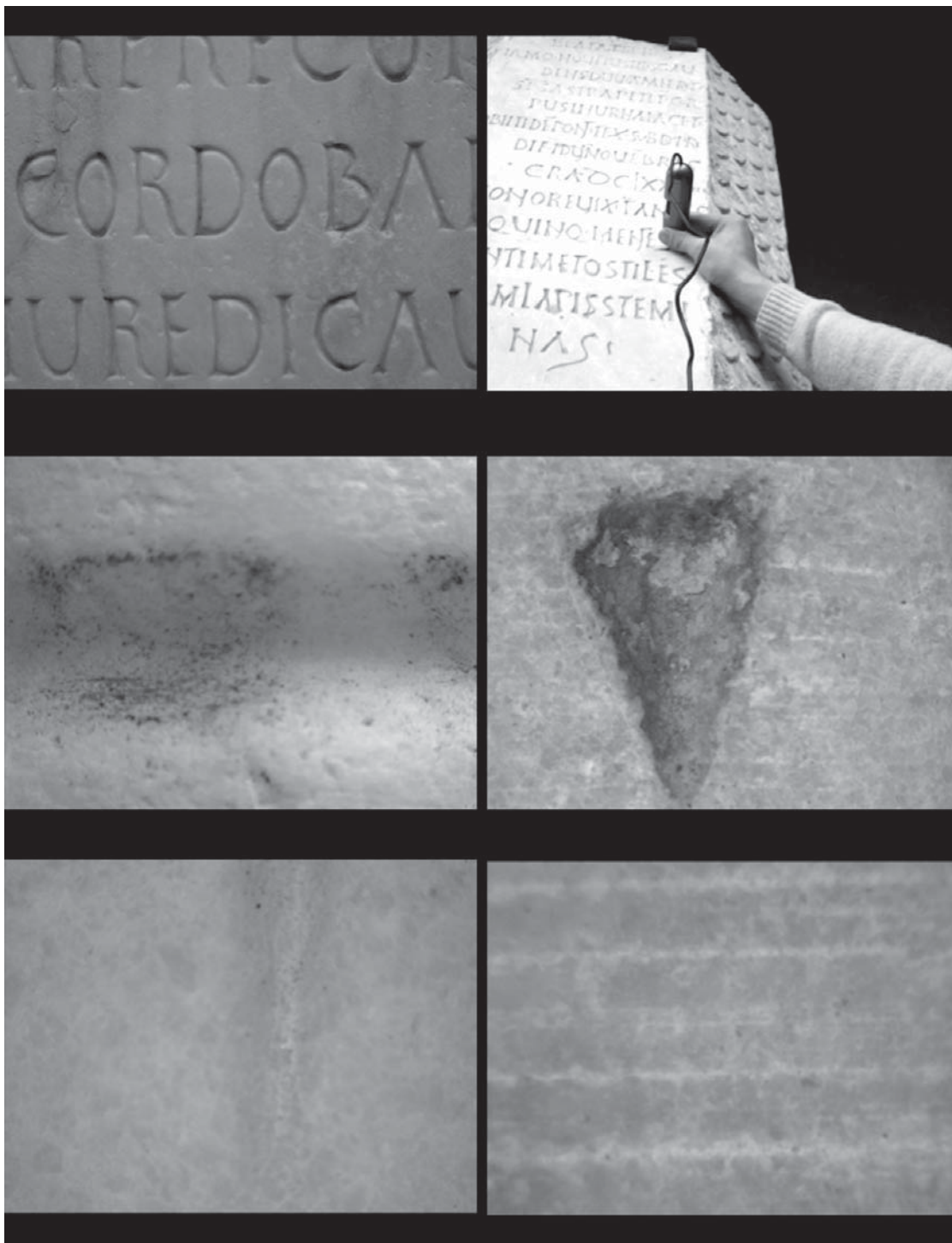


FIGURA 5. Comparativa de resultados macro y microscópicos entre la inscripción IHC 363 (columna izquierda) y la IHC 65 (columna derecha), donde se puede apreciar las diferentes características de las mismas, expresadas en el texto

paralela a la superficie, lo que supuso la pérdida de la decoración del frontal y de parte de los laterales; luego habría sido pulimentada de manera muy intensiva; por último, se habría grabado la inscripción con una técnica muy grosera, que incluía el rascado del interior de las mismas para aumentar su profundidad.

El siguiente paso que propusimos fue establecer una comparación con una inscripción cuya autenticidad está fuera de toda duda, *IHC* 363, y que además contaba con el aliciente de adscribirse con seguridad a época del obispo Honorato. Que se encontrara expuesta en el mismo lugar, justo a la espalda de *IHC* 65, también supuso un importante incentivo para convertirla en candidata perfecta para este pequeño ejercicio comparativo. Los resultados fueron esclarecedores: la superficie de la inscripción tenía una meteorización totalmente homogénea, en toda la pieza, incluyendo el interior de las letras; la talla biselada de éstas, uniforme, precisa e igualmente homogénea, desvelaba su realización por un taller lapidario de gran nivel, y la asimila a otras inscripciones de la época.

Por consiguiente, y ante los datos que arroja el soporte, pensamos que la inscripción nada tiene que ver con el soporte, y que ésta ha sido realizada tiempo después, con un sistema de pulimentado tecnológicamente diferente respecto al que puede ser apreciado en otras inscripciones de época visigoda. Pero, ¿cuándo se realizó, pues, la inscripción? Tras la eliminación de la decoración original, la realización del campo epigráfico y de la inscripción, la pieza permaneció sin enterrar, ya que no ofrece deterioro, ni manchados ni concreciones sobre el pulimento o las letras. Es decir, la pieza no ha sufrido ningún tipo de agresión o transformación, física o química, que haga pensar que haya estado enterrada, sepultada o —simplemente— expuesta a la intemperie. Habría que descartar, pues, que el resultado de las condiciones de esta superficie fuera un presumible “aislamiento” debido a que la piedra se usara como *spolia* constructivo: de ser así el resultado sería una superficie llena de concreciones, restos de mortero, picaduras y alteraciones cromáticas de todo tipo. Todas las pruebas efectuadas y los datos obtenidos indicarían la realización del campo epigráfico y de la inscripción en momentos relativamente recientes, y desde luego, cuando la piedra ya había sido desenterrada y se encontraba expuesta y a salvo de la actuación de agentes físicos y químicos.

El nivel de deterioro de la pieza impide asegurar con claridad el tipo de decoración que originalmente ocupó la parte superior de la inscripción, pero con los restos que quedan, pensamos que debió ser similar a la que aparece en la inscripción *IHC* 60 (fig. 6), de Alcalá del Río (*Ilipa*), y que es típica de la zona más occidental de la Bética, que también estaría presente en las inscripciones *CILA* II, 155 o *CIL* II<sup>2</sup> 7, 944: se trata de crear un marco decorativo en la cabecera de la inscripción, delimitado en ocasiones por sogueados, y donde los motivos geométricos seriados son dominantes, como las imbricaciones o las tetrapétalas obtenidas a partir de círculos secantes.

Antes de terminar con una rápida emisión de conclusiones, quisiéramos detenernos en una cuestión final, que creemos de importancia: la imposibilidad de que estemos ante una reutilización de época visigoda. Como ya hemos visto más arriba, las pruebas “físicas” están totalmente en contra de esta posibilidad, pero el simple hecho de planteárnosla a nivel teórico nos hizo buscar casos de época donde se pudiera apreciar la reutilización de epígrafes. Hay varios ejemplos en la Bética Occidental, pero los más evidentes son las inscripciones *IHC* 152, *CIL* II<sup>2</sup> 5, 1281 (fig. 6) y *CILA* I, 27. En ellas se puede ver perfectamente cómo para reutilizar una inscripción y transformarla en otra inscripción, o convertirla en un elemento de decoración arquitectónica, no hace falta eliminar la superficie, y mucho menos la propia decoración de la pieza. De la misma forma, consideramos muy poco probable (por no decir directamente imposible) un *rescriptum* del mismo texto: sería absurdo eliminar todo un texto para volver a tallarlo, y mal, pudiendo ahondar las letras o, simplemente, pintar su interior para que se viera con mayor claridad un texto deteriorado. Para el caso de la pieza onubense ya han sido publicadas las claves para su interpretación con criterios que pensamos muy acertados



FIGURA 6. *Diferentes inscripciones mencionadas en el texto como paralelos decorativos: 1) CIL IP 7, 944; 2) CILA II, 155; 3) IHC 60. Inscripciones de época visigoda reutilizadas ya en ese momento 4) izq. CIL IP 5, 1281, derch. IHC 152*

(Carbonell Manils 2009, 91-92). Por todo ello, y ante posibles teorías más o menos complejas, nosotros nos decantamos por una *lectio facilior* de los datos macroscópicos y microscópicos recogidos, que no dejan demasiado margen a complicadas elucubraciones.

## 6. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo creemos haber expuesto, con suficientes argumentos, cómo nos encontramos ante un soporte de época visigoda que ha sido alterado sustancialmente para insertar, sobre él, una inscripción falsa, realizada después de su descubrimiento y, claro está, después de realizar la preparación del campo epigráfico. Las pruebas que aportamos son exclusivamente arqueológicas, y van desde la alteración diferencial física y química de las superficies hasta los tipos de talla, pasando por el tratamiento de las diferentes partes de la pieza. En nuestra opinión, sin duda, se trata de una falsificación.

Más difícil para nosotros es pronunciarnos por el momento exacto de la misma, aunque en el encuentro científico celebrado en Barcelona, Gimeno dio las claves documentales para considerarla una falsificación del siglo xvii, con argumentos más que sólidos, y que cierran el círculo que completa la explicación sobre esta pieza, que tanta atención ha despertado entre la investigación actual.

Hemos de decir que nuestros limitadísimos conocimientos filológicos impedían una aproximación (digámoslo así) “tradicional” a este epígrafe. Pero esta circunstancia nos permitió profundizar en caminos alternativos, vinculados a la ciencia arqueológica, demostrando —más si cabe— la necesidad de un trabajo conjunto y multidisciplinar para el estudio la Epigrafía, no limitándolo exclusivamente a la edición textual. Nuestro propio trabajo debe mucho, como ya hemos indicado, a las valoraciones de expertos de muy diversa formación y especialización, y pensamos que este proceder debería ser la norma, no la excepción.

Creemos haber demostrado, una vez más, que para el estudio de la Antigüedad Tardía de la Bética, la Epigrafía y la Arqueología deben ir indisolublemente unidas, estrechando sus lazos de colaboración con el fin de suplir, en la medida de lo posible, la enorme falta de documentos escritos referentes a la historia de esta región. Un pequeño ejemplo de los avances científicos que puede producir esta colaboración lo hemos demostrado aquí, siempre con la puesta en práctica de nuevos métodos; y, sobre todo, con un estudio directo de piezas y restos arqueológicos (a diferencia de otro tipo de interpretaciones, *vid.* Tarradellas 2005; Sánchez Ramos 2009; Gurt-Sánchez 2010), que aportan una novedosa visión topográfica de la *Hispalis* isidoriana: descartada la veracidad de la inscripción asignada a Honorato; asumida la imposibilidad de considerar la estructura hidráulica del Patio de Banderas como un baptisterio (González Acuña 2011; Sánchez Velasco 2012; Tabales e.p.); y excavada una mínima parte de un gran edificio de funcionalidad posiblemente monástica en la zona de los Reales Alcázares (Sánchez Velasco 2012; Tabales e.p.); podemos decir que el panorama urbano se vuelve extraordinariamente diverso y rico, abandonándose aquella vieja idea, sostenida más por la tradición que por los datos arqueológicos, de la existencia de un *episcopium* bajo la catedral y sus aledaños.

JERÓNIMO SÁNCHEZ VELASCO  
 Universidad de Sevilla  
 C/Horno de Porras 3-Córdoba  
 jeronimo.sanchez@me.com

## BIBLIOGRAFÍA

- ANDREU PINTADO, J., 2009, «El soporte epigráfico», en: J. Andreu Pintado (ed.), *Fundamentos de Epigrafía Latina*, Madrid: Liceus Servicios de gestión y Comunicación, 63-93
- BARRAGÁN VALENCIA, M. C., 2010. *La necrópolis tardoantigua de Carretera de Carmona (Hispalis)*, Sevilla, Sevilla: Universidad Pablo de Olavide.
- BARRAL MUÑOZ, M.<sup>a</sup> A., 2009, *Estudio geoarqueológico de la Ciudad de Sevilla: Antropización y reconstrucción Paleográfica durante el Holoceno reciente*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- BENDALA, M., NEGUERUELA, I., 1980, «Baptisterio paleocristiano y visigodo en los reales alcázares de Sevilla», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 10, 335-380.
- CARBONELL MANILS, J., 2008, «Singularidades en la tradición epigráfica cristiana de la Bética occidental» en: VV.AA.: *Espacios, usos y formas de la Epigrafía hispana en épocas Antigua y Tardoantigua: homenaje al Dr. Armin U. Stylov*, [Anejos de *AEspA* 48], Madrid, 85-96.

- CRUZ VILLALÓN, M., 2007, «Aplicación metodológica al estudio de la escultura. El conjunto visigodo de Extremadura», en: L. Caballero Zoreda, P. Mateos Cruz (eds.), *Escultura decorativa Tardorromana y Altomedieval en la Península Ibérica*, [Anejos de *AEspA* 41], Madrid, 221-232.
- , 1985, *Mérida Visigoda*, Badajoz: Diputación Provincial de Badajoz.
- ESCAGENA CARRASCO, J.L., 1985-1986, «Un cimacio visigodo procedente del cortijo “Bastero” (Coria del Rio, Sevilla)», *Estudios de historia y arqueología medieval* 5/6, 321-331.
- FERNÁNDEZ BELTRÁN, F., 1630, *Comprobacion de la piedra sepulcral del venerable Honorato sucesor del glorioso doctor S. Isidoro hallada en un fundamento de los Reales Alcaçares*, Sevilla: Imp. de Francisco de Lyra.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C., CARANDE HERREO, R., 2002, «Dos poemas epigráficos dedicados a Honorato. Nuevo estudio de IHC 65 y 363», *Laboratorio de Arte* 15, 13-29.
- GARCÍA VARGAS, E., e.p., «Sevilla Tardoantigua. Diez años después (2000-2010)», en: J. Beltrán Fortes, O. Rodríguez Gutiérrez (eds.), *Hispaniae Vrbes*.
- GIMENO PASCUAL, H., MIRÓ VINAIXA, M., 1999, «*Carmina* para Honorato, obispo de *Hispalis*: la polémica inscripción del sucesor de San Isidoro», *AEspA* 72, 241-258.
- GÓMEZ MUÑOZ, G., SÁNCHEZ VELASCO, J., 2011, «Revisión de la inscripción *CIL* II<sup>2</sup> / 5, 344: un fragmento de cruz de Caravaca», *Habis* 42, 291-296.
- GONZÁLEZ ACUÑA, D., 2011, *Forma Urbis Hispalensis*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- GURT ESPARRAGUERA, J.P., SÁNCHEZ RAMOS, I., 2010, «Espacios funerarios y espacios sacros en la ciudad tardoantigua. La situación en Hispania», en: A. García (ed.), *Espacios urbanos en el occidente mediterráneo (s. VI-VIII)*, Toledo: *Toletum* Visigodo, 15-28.
- LOPES, V., 2003, *Mértola na Antiguidade tardia: a topografia histórica da cidade e do seu território nos alvares do cristianismo*, Mértola: Campo Arqueológico de Mértola.
- OEPEN, A., 2004, «Sarcófagos de Los Bojeos», en: J. A. Pérez, J. González, A. Oepen (eds.), *Los Bojeos de Bonares (Huelva) y el obispado visigodo de Niebla*, Huelva: Diputación Provincial de Huelva, 73-77.
- SÁNCHEZ RAMOS, I., 2009, «Arquitectura sacra de época tardía en *Hispalis*. Algunas reflexiones», *AEspA* 82, 255-274.
- SÁNCHEZ VELASCO, J., 2006, *Elementos arquitectónicos de época visigoda en el Museo Arqueológico de Córdoba. Arquitectura y Urbanismo en la Córdoba visigoda*, Córdoba: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura.
- , 2008, «El sarcófago tardoantiguo del Camino Viejo de Almodóvar (o de los límites de la Iconografía)», *Spal* 17, 335-347.
- , 2010, «EL antiguo Obispado de Niebla (Huelva). Nuevas aportaciones a su Topografía Arqueológica: Territorio, Arquitectura y Liturgia», *Huelva Arqueológica* 22, 97-138.
- , 2012, *Arquitectura y Poder en la Bética Occidental entre los siglos IV y VIII d.C. La Cristianización de las ciudades y el Territorio*, [Tesis Doctoral Inédita], Sevilla.
- SÁNCHEZ VELASCO, J., MORENO ROSA, A., GÓMEZ MUÑOZ, G., 2009, «Aproximación al estudio de la ciudad de Carbra y su obispado al final de la Antigüedad», *Antiquitas* 21, 135-180.
- SUSINI, G.C., 1982, *Epigrafía romana*, Roma: Jouvence.
- TABALES RODRÍGUEZ, M.A., 2009, *El alcázar de Sevilla. Reflexiones sobre su origen y evolución durante la Edad Media. Memoria de Investigación Arqueológica 2000-2005*, Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura.
- , e.p., «Investigaciones arqueológicas en el Patio de Banderas del Alcázar de Sevilla. Campañas 2009-2011. Aproximación al estudio de la estratigrafía (siglo IX a.C. a XII d.C.)», *Apuntes del Alcázar* de Sevilla
- TARRADELLAS COROMINAS, C., 2000, «Topografía urbana de Sevilla durante la Antigüedad Tardía», en: J. M. Gurt, N. Tena (eds.), *V Reunión de Arqueología Cristiana Hispánica: Cartagena, 16-19 de abril 1998*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 279-290.